

Los musulmanes temían una sorpresa; los cruzados temían á la vez que los musulmanes no incendiasen las máquinas que habían dejado al pie de las murallas. Los sitiados se ocuparon sin descanso en reparar las brechas hechas á sus murallas, y los sitiadores en poner sus máquinas en estado de poder servir para un nuevo asalto. El día siguiente se repitieron los mismos combates que en el anterior.

Los jefes se esforzaban por medio de sus discursos en reanimar el valor de los cruzados. Los sacerdotes y los obispos recorrían las tiendas de los soldados, anunciándoles los socorros del cielo. El ejército cristiano, poseído de una nueva confianza en la victoria, se puso sobre las armas y avanzó silenciosamente hacia el lugar del ataque, mientras que el clero marchaba procesionalmente al rededor de la santa ciudad.

El primer encuentro fué terrible. Los cristianos, indignados por la resistencia que experimentaron el día anterior, combatían desesperadamente. Los sitiados, que habían sabido la llegada de un cuerpo de tropas egipcias, estaban animados con la esperanza de la victoria; máquinas formidables cubrían sus murallas; por todas partes oíanse silbar los venablos; las piedras y las bigas lanzadas por los cristianos y por los infieles chocaban entre sí, haciendo un ruido espantoso, y volvían á caer sobre los sitiadores. Los musulmanes no cesaban de arrojar desde lo alto de las torres teas incendiarias y botes de fuego. Las fortalezas de madera de los cristianos se aproximaban á las murallas en medio de un incendio general. Los infieles se dirigían sobre todo á la torre de Godofredo, en la que brillaba una cruz de oro, cuyo aspecto provocaba sus furoros y sus ultrajes. El duque de Lorena había visto caer á su lado á uno de sus escuderos y á muchos de sus soldados, y á pesar de ser el blanco de los tiros enemigos, combatía en medio de los muertos y heridos, no cesando de exhortar á sus compañeros á que redoblasen su valor y constancia. El conde de Tolosa, que atacaba la Ciudad por la parte meridional, oponía todas sus máquinas á las de los musulmanes, teniendo que combatir al emir de Jerusalén, que animaba á los suyos arengándolos, y se subía á las murallas rodeado de los mejores soldados egipcios. Hacia el Norte estaban Tancredo y los dos Robertos al frente de sus batallones. Inmóviles sobre su fortaleza, mostrábanse impacientes de esgrimir la lanza y la espada. Sus arietes habían ya desmoronado las murallas por varios puntos, detrás de los cuales los sitiados estrechaban sus filas y ofrecían una última trinchera á los ataques de los cruzados.

En medio del combate, aparecieron sobre las murallas de la Ciudad

dos mágicos conjurando, dicen los historiadores, los elementos y potestades del infierno.

Ellos no pudieron evitar la muerte que invocaban contra los cristianos, y sucumbieron bajo el esforzado valor de éstos. Dos emisarios egipcios, llegados de Ascalón para exhortar á los sitiados á defenderse, fueron sorprendidos por los Cruzados cuando iban á entrar en la Ciudad. Uno de ellos murió á manos de los cruzados, y el otro, después de haber revelado el secreto de su misión, fué destinado al servicio de una máquina, sobre las murallas en donde combatían los musulmanes.

Sin embargo, el combate duraba ya desde el amanecer, y los cruzados no abrigaban esperanza alguna de entrar en la plaza. Todas sus máquinas ardían, y faltaba el agua, y sobre todo el vinagre, que sólo podía apagar la especie de fuego arrojado por los sitiados. En vano, los más valientes se exponían á toda clase de peligros para evitar la ruina de las torres de madera y de los arietes, ellos caían sepultados debajo de sus ruinas, y la llama devoraba sus escudos y sus vestidos. Muchos guerreros, de los más valientes, habían hallado la muerte al pie de las murallas; un gran número de los que guarnecían las torres, habían quedado fuera de combate, y los demás, cubiertos de sudor y de polvo, abatidos con el peso de sus armas, y con el calor que hacía, empezaban á desmayar. Los sitiados, que lo llegaron á conocer, se alegraron en gran manera. Entre las muchas blasfemias que salían de sus bocas, echaban en cara á los cristianos el que adorasen á un Dios que no podía defenderles. Los sitiadores deploraban su suerte, y creyéndose abandonados de Jesucristo, permanecían inmóviles sobre el campo de batalla.

Pero bien pronto la lucha iba á cambiar de aspecto. De repente los cruzados vieron aparecer sobre la montaña de los Olivos á un caballero agitando un escudo y dando al ejército cristiano la señal para entrar en la Ciudad. Godofredo y Raimundo fueron los primeros que lo vieron, y exclamaron: San Jorge viene en socorro de los cristianos. El tumulto del combate no daba lugar á examinar ni menos á discutir, y la vista del celeste caballero entusiasmo poderosamente á los sitiadores, que vuelven á la carga con el mayor denuedo. Las mujeres, los niños y hasta los enfermos corren á tomar parte en la pelea, llevando agua, víveres y armas, uniendo sus esfuerzos con los de los soldados para aproximar á las murallas las torres, que eran el espanto de los enemigos. La de Godofredo se adelantaba en medio de una terrible descarga de piedras, dardos y de fuego griego, y dejaba caer su puente todavía sobre la muralla. Al mismo tiempo infinidad de dardos inflamados vuelan con-

tra las máquinas de los sitiados, contra los sacos de paja y de heno y contra los sacos de lana que cubrían los últimos muros de la Ciudad. El viento aumentaba el incendio y arrojaba las llamas sobre los musulmanes. Estos, envueltos entre los torbellinos de fuego y de humo, retroceden al aspecto de las lanzas y de las espadas cristianas. Godofredo, precedido de los dos hermanos Letaldo y Enjelberto de Tournay y seguido de Balduino de Bourg, de Eustaquio, de Raimbaldo Crotón, de Guicher, de Bernardo de Saint-Vailler y de Amenjeu de Abret, derrota á los enemigos, les persigue y se arroja dentro de Jerusalén. Todos los valientes que combatían desde la plataforma de la torre, siguen á su intrépido caudillo, penetrando con él en las calles de la Santa Ciudad, pasando á cuchillo á todos los que encuentran á su paso.

Mientras esto tenía lugar, se difunde en el ejército cristiano la noticia que el santo pontífice Adhemar y muchos cruzados, muertos durante el sitio, acaban de aparecer á la cabeza de los que estaban asaltando la plaza, y habían enarbolado los estandartes de la cruz sobre las torres de Jerusalén. Tancredo y los dos Robertos, animados por esta relación, multiplican su valor y sus esfuerzos y se arrojan por fin dentro de la plaza, acompañados de Hugo de San Pablo, de Gerardo de Rosellón, de Luis de Monsón, de Conando y Lamberto de Monteagudo y de Gastón de Bearn. Una multitud de valientes les siguen de cerca; los unos entran por una brecha medio abierta, los otros suben á las murallas por medio de escalas, y muchos se precipitan de lo alto de las torres de madera. Los musulmanes huyen por todas partes y resuena por todo Jerusalén el grito de victoria de los cruzados: *¡ Dios lo quiere! ¡ Dios lo quiere!* Los compañeros de Godofredo y de Tancredo van con el hacha á derribar la puerta de San Esteban, y queda la ciudad abierta á los cruzados, que se disputan la entrada y el honor de batirse por última vez con los infieles.

Solamente Raimundo encontraba todavía alguna resistencia. Advertido de la conquista de los cristianos, por los gritos de los musulmanes, por el ruido de las armas y por el tumulto y gritería que se oye dentro de la plaza, reanima el valor de sus soldados. Estos, impacientes por reunirse á sus compañeros, abandonan sus torres y sus máquinas, que ya no podían mover, y precipitándose sobre las escalas, y ayudándose los unos á los otros, llegaban hasta lo alto de la muralla, precedidos del conde de Tolosa, de Raimundo Pelet, del obispo de Bira, del conde de Die y de Guillermo de Sabrán. Nada puede contener su impetuoso ataque; dispersan á los musulmanes, que van á refugiarse con su emir en la fortaleza de David, y bien pronto los cruzados reuni-

dos en Jerusalén se abrazan, y llorando de alegría no piensan más que en continuar la victoria.

Sin embargo, la desesperación reanima por algunos momentos á los más valientes de los egipcios que se echan sobre los cristianos que avanzaban en desorden y corrían al saqueo. Estos empezaban á retirarse delante del enemigo que habían vencido, cuando Everardo de Pusaie, cuyo valor han celebrado Raul de Caen, reanima el valor de sus compañeros, pónese á su cabeza y llena de nuevo de terror á los infieles. Desde entonces los cruzados no tuvieron más enemigos á quienes combatir.

La historia hace mención acerca la circunstancia de haber entrado los cristianos en Jerusalén un viernes á las tres de la tarde, por ser el día y la hora en que Jesucristo expiró por la salvación de los hombres. Esta época memorable debía llenar los corazones de los cruzados de sentimientos de misericordia; pero irritados por las amenazas y los insultos de los musulmanes, endurecidos por los males que habían sufrido durante el sitio, y por la resistencia que habían encontrado en el ataque de la ciudad, llenaron de sangre y de luto á Jerusalén que acababan de libertar y que miraban como su futura patria. Bien pronto la carnicería se hizo general: los que escapaban del hierro de los soldados de Godofredo y de Tancredo, perecían á manos de los provenzales igualmente sedientos de sangre enemiga. Los musulmanes eran muertos en las calles y en sus casas; Jerusalén no ofrecía asilo alguno á los vencidos; unos pudieron escapar de la muerte precipitándose de las murallas; otros corrían atropelladamente á refugiarse en los palacios, en las torres, y principalmente en sus mezquitas, en donde no pudieron sustraerse á la persecución de sus enemigos.

Los cruzados, dueños de la mezquita de Omar, en donde los musulmanes se habían defendido algún tiempo, renovaron las deplorables escenas que mancharon la conquista de Tito. La infantería y la caballería entró confusamente con los vencidos. En medio del más horrible tumulto, se oían los ayes y los gritos de los moribundos, y los vencedores caminaban sobre montones de cadáveres, para alcanzar á los que en vano buscaban escaparse. Raimundo de Agiles, testigo ocular, dice que en el templo y debajo del pórtico de la mezquita, la sangre llegaba á la rodilla, y casi hasta el bocado de los caballos. Para pintar este terrible espectáculo, que la guerra ha ofrecido dos veces en el mismo lugar, bastará reproducir las palabras del historiador Josefo, que dice que el número de las víctimas inmoladas por el acero excedía mucho al de los vencedores, que habían acudido de todas partes para tomar parte en la lucha, repitiendo en

las vecinas montañas del Jordán, por medio del eco, el espantoso ruido que se oía en el templo.

La imaginación quiere apartarse con horror de estas escenas desgraciadas, y ante tanta matanza, plega impotente sus alas; no puede fijarse en el triste cuadro que presentaban los cristianos de Jerusalén, cuyas cadenas acaban de romper los cruzados. Apenas había sido conquistada la Ciudad, cuando se les vió correr hacia los vencedores partiendo con ellos los víveres que habían podido salvar de la rapacidad de los musulmanes, y dando gracias á Dios por haber hecho triunfar la causa de los soldados de la Cruz. Pedro el Ermitaño, que cinco años antes había prometido armar el Occidente para libertar á los fieles de la Santa Ciudad, debió gozar mucho con el espectáculo que presentaban los cristianos llenos de reconocimiento y alegría. Los cristianos de Jerusalén, en medio de la multitud de los cruzados, parecía que sólo buscaban el generoso cenobita que les había visitado en sus sufrimientos y cuyas promesas habían tenido el más puntual cumplimiento, corriendo todos al rededor del venerable ermitaño. A él dirigían sus cánticos, proclamándole por su libertador; y le contaban los males que habían sufrido durante su ausencia, pudiendo apenas creer lo que pasaba delante sus ojos, y en medio de su entusiasmo, que Dios se hubiese servido de un solo hombre para sublevar tantas naciones y obrar tantos prodigios.

A la vista de sus hermanos, á quienes habían dado libertad, se acordaron, sin duda, los peregrinos que habían venido para adorar el Sepulcro de Jesucristo. El piadoso Godofredo, que después de la victoria se había abstenido de tomar parte en la matanza, dejó á sus compañeros, y seguido de tres criados, llamados, según Alberto de Aix, Baldric, Adelberón y Stabulón, encaminóse sin armas y con los pies descalzos á la iglesia del Santo Sepulcro. Este acto llegó al momento á noticia del ejército cristiano, y al instante todas las venganzas y todas las cuestiones se apaciguan, los cruzados se despojan de sus sangrientos vestidos, y conducidos por el clero, marchan juntos, con los pies descalzos y la cabeza descubierta, hacia la iglesia de la Resurrección.

Así que el ejército estuvo reunido al rededor del Santo Sepulcro, empezó á hacerse de noche. El más profundo silencio reinaba en las plazas públicas y en las murallas; y sólo se oían en la Santa Ciudad los cánticos penitenciales y estas palabras de Isaías: «Vosotros que amáis á Jerusalén, regocijaos con ella.» Los cruzados mostraron entonces una devoción tan viva y tan tierna, que se hubiera dicho, según advierte el Padre Maimbourg, que estos hombres que acababan de tomar

una ciudad por asalto y de hacer una horrible carnicería, salían de un largo retiro y de meditar profundamente los misterios de nuestra Religión sacrosanta. Estos contrastes inexplicables se observan muy frecuentemente en la historia de las Cruzadas. Algunos han sacado de ello pretexto para calumniar á la Religión cristiana; otros, no menos ciegos ni menos apasionados, han querido atenuar los deplorables excesos del fanatismo; pero el historiador imparcial se limita á referir los hechos y compadecerse de las debilidades de la humana naturaleza.

Al piadoso fervor de los cristianos se debe la suspensión de las escenas de sangre y de desolación. La política de algunos caudillos pudo hacerles creer que era necesario inspirar gran terror á los musulmanes; y pensando tal vez, que si daban libertad á los que habían defendido á Jerusalén, tendrían después necesidad de combatirlos, y que estando en un país rodeado de enemigos el guardar á tantos prisioneros cuyo número excedía á los soldados que debían vigilarles, era una cosa muy peligrosa, resolvieron en consejo sentenciar á muerte á todos los musulmanes que permanecían en la Ciudad. Téngase en cuenta que se hallaban en un país distante de su patria, y el recelo de que los prisioneros serían de nuevo los que tendrían que combatir, por cuanto se anunciaba la aproximación del ejército de Egipto.

El fanatismo quizás secundó en mucho esta bárbara política. Todos los enemigos que la humanidad ó el cansancio de la matanza había perdonado, todos los que creían conservar sus vidas por medio de un rico rescate, fueron condenados á muerte, la sufrieron de varias maneras. A los unos se les obligó á precipitarse desde lo alto de las torres ó de las casas, á los otros se les hizo morir entre las llamas, y algunos fueron arrastrados hasta las plazas públicas en donde eran inmolados sobre un montón de cadáveres. Ni las lágrimas de las mujeres, ni los gritos de los tiernos infantes, ni el aspecto del lugar en el que Jesucristo perdonó á sus verdugos, pudieron desarmar el brazo del irritado vencedor. Tan grande fué la carnicería, que, según cuenta Alberto de Aix, se veían montones de cadáveres, no solamente en los palacios, en los templos y en las calles, sino hasta en los lugares más recónditos y solitarios. A tal extremo había llegado el delirio de la venganza y del fanatismo, que estas escenas no causaban ninguna admiración. Los historiadores contemporáneos las consignan sin tratar de excusarlas, y en su relación, llena de horriblos detalles, no dejan traslucir ningún sentimiento de reprobación ó de piedad.

Los cruzados, cuya alma no era indiferente á los sentimientos generosos, no pudieron contener el furor de un ejército que, dominado por